

La sociedad del individualismo utópico vista por un adicto

Lucas García Guirao

El individualismo utópico

Compré este libro porque me interesan las reflexiones sobre el individualismo, que es uno de los rasgos centrales de las sociedades de nuestro tiempo, aunque quizá, sobre todo, porque tiene un buen título. Con solo tres palabras, sugiere ya con claridad que se trata de una forma de conducta, de una manera de actuar en sociedad, de la que se espera lo mejor, de la que los propios individualistas esperan lo mejor. Sugiere, además, que lo mejor no depende de la acción colectiva sino de la individual. De hecho García Guirao, una vez metido en harina y entrando más en profundidades define «el individualismo utópico como aquella ideología que afirma que el individuo puede, con independencia de las circunstancias que le rodean, cambiar su realidad material a través de su pensamiento y de la mejora de su conducta personal» (p. 36). Es poco probable que a alguien le quepa alguna duda, pero cuando se habla de cambiar la realidad material se trata de lograr el «éxito», la riqueza, una vida acomodada y diversas formas de prestigio y de poder personal, arrinconando «otras formas de felicidad que se concebían desde la virtud y el deber» (p. 12). Y todo a partir de la fuerza interior de cada uno: «El *yo puedo* ha sustituido al *yo debo* en el corazón de los países occidentales» (*Ibid.*).

A partir de esta definición García Guirao emprende un recorrido que permite ver cómo el individualismo utópico está bien asentado en el sentido común contemporáneo y cómo se expresa en la cultura popular a través de la literatura, en los cuentos infantiles, en las canciones de éxito, en el cine. Se ha convertido en la «ideología dominante a finales del siglo XX y principios del siglo XXI [y] está atacando a los cimientos del proyecto de la modernidad sustentado en el racionalismo y en el proceso de secularización». Su expansión se puede percibir bien en los productos de la cultura popular, pero su alcance es mucho mayor. Afecta a las formas de ver la política y de participar en ella -buscando intereses individuales o fragmentarios más que el interés general- e incluso a las concepciones religiosas y a la interpretación de la ciencia. Impulsa

un reencantamiento del mundo [¡si Weber levantara la cabeza!] que está alimentando el misticismo y las creencias en lo sobrenatural. Si el proyecto de la modernidad y de secularización impulsó el conocimiento racional y la investigación científica frente a la superstición y el dogma del pensamiento religioso, el individualismo utópico está favoreciendo un proceso contrario al defender un pensamiento mágico en el que la fe en poderes ilimitados desempeña un papel fundamental (p. 75).

Resulta de gran interés la comparación de las claves del individualismo utópico con los principios de la Ilustración y con las corrientes éticas clásicas, pero también el recorrido por la obra de los propios «teóricos» del individualismo utópico, autores de libros de autoayuda que venden millones de ejemplares, conferenciantes y expertos en *coaching* que cuentan también los seguidores por millones y que -aunque suelen ser ignorados de forma displicente por el pensamiento académico- se han convertido en los nuevos maestros. «Si antes los maestros con mayor influencia social debían ser sabios, críticos, comprometidos, convincentes y virtuosos; ahora se les pide que sean alegres, optimistas, solícitos, ingeniosos, persuasivos y exitosos» (p.130). ¿Quién no ha encontrado un buen número de «maestros» o «expertos» de este último tipo en reuniones profesionales, en jornadas sectoriales, en medios de comunicación o sencillamente en vídeos que corren con gran éxito por las redes sociales? García Guirao no los desdeña, sigue en esto a Mario Bunge que sostiene que la pseudociencia no se puede considerar como «basura inofensiva o, incluso, como algo adecuado al consumo de masas» sino que «se trata de virus intelectuales que pueden atacar a cualquiera (lego o científico) hasta el extremo de hacer enfermar toda una cultura y volverla contra la investigación científica» (p. 162).

A lo largo de todo el ensayo está muy presente la debilitación de lo colectivo, la falta de reconocimiento de un «nosotros» y el repliegue en la vida privada que implica la extensión del individualismo utópico, que, por el contrario, impulsa el «yo como actor omnipresente las sociedades actuales» (183). Cita en esto a Benjamín Constant que anticipa a Tocqueville -o muestra la tendencia que se va perfilando con claridad en la época- en su célebre discurso «De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos»: «El peligro de la libertad moderna consiste en que, absorbidos por el disfrute de nuestra independencia privada y por la búsqueda de nuestros intereses particulares, renunciemos con demasiada facilidad a nuestro derecho de participación en el poder político» (198). Se podría profundizar aquí -esto es lo único que he echado de menos- en el significado y en las consecuencias de la tendencia individualista a contraponer la comunidad

mínima y confortable con la sociedad amplia y compleja -la comunidad contra la sociedad en palabras de Sennett (2011, pp. 415-416)- y en la paradójica fuerza homogeneizadora del individualismo contemporáneo (Lipovetsky, 1993, p. 7; Sloterdijk, 2002, p. 18; Sennett, 2012, p. 22; Han, 2017, p. 39). Porque se puede argumentar que el individualismo utópico o cualquier otra forma de caracterizarlo no tienen sentido en una sociedad del hipercontrol (a ratos o para algunos al estilo de Huxley y a ratos o para otros muchos con las maneras que describió Orwell). Nunca lo ha tenido, pero eso no impide que pueda actuar como justificación panglosiana del mundo actual fascinado en gran medida por unos pocos individuos (hechos a sí mismos, por supuesto) que controlan el poder y la riqueza como nunca antes.

Dejo para el final lo que me parece un mérito relevante de este ensayo. Se muestra crítico con el individualismo utópico, pero lejos de plantear el texto como una severa admonición lanzada desde la superioridad moral de quien descubre sus miserias, reconoce con franqueza que se trata de una crítica desde dentro.

(...) debo reconocer que en parte me identifico con ella [con la ideología del individualismo utópico], ya que ha estado presente, de una u otra forma, en casi toda mi vida. Yo mismo, y una parte significativa de mis mejores amigos, hemos sido individualistas utópicos, y admiro muchos de los ejemplos de películas y canciones que he citado en el ensayo como manifestaciones de esta ideología (...)

Este reconocimiento da fuerza a sus argumentos. Si se plantea que una ideología se ha convertido en dominante en el tiempo en el que uno vive, no es posible quedar fuera de su influjo (o al menos no del todo) y es una muestra de lucidez reconocer sus rasgos en uno mismo. He destacado al comienzo que «el individualismo utópico» me parece un buen título. Añado ahora que lo veo como un concepto bien construido. Y reconozco, por fin, que el título que he elegido yo para esta reseña es algo tramposo. La sociedad del individualismo utópico vista por un adicto ¿Hay otra manera de verla?

BIBLIOGRAFÍA

Han, B.-C. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.

Lipovetsky, G. (1993). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. (J. Vinyoli, & M. Pendanx, Trads.) Barcelona: Anagrama.

Sennett, R. (2011). *El declive del hombre público*. (G. Di Masso, Trad.) Barcelona: Anagrama.

Sennett, R. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. (M. Galmarini, Trad.) Barcelona: Anagrama.

Sloterdijk, P. (2002). *El desprecio de las masas. Ensayo sobre la luchas culturales de la sociedad moderna*. (G. Cano, Trad.) Valencia: Pre-textos.

Javier Cortijo Pardo
Universidad de Murcia